

EL ÁNGEL LITERARIO

EL ÁNGEL LITERARIO

EDUARDO HALFON

los tres editores

*Todo retrato pintado con sentimiento
es un retrato del artista, no del modelo.*

OSCAR WILDE

I. HACÍA FALTA LA MAGIA

*La realidad no fue nunca suficiente;
hacía falta la magia.*

HERMANN HESSE

Lanza hacia una esquina sus zapatos y medias. De un trago, apura la mitad de la leche que su madre le ha servido. Puede verlo a través de la ventana, grisáceo, impaciente, esperándolo. Sus cuadernos de griego están abiertos sobre la mesa de la cocina. Pluma y tintero. Una hoja en blanco para ejercitar la escritura y la declinación de nuevas palabras. Ansioso, no escucha las advertencias de su madre, no le importan. Quiere marcharse. Un tenue bigote blanco es ya el único residuo de la leche. Con felicidad escucha los pasos ligeros de su madre alejándose, alejándose más, subiendo las escaleras. Ahora, piensa. Ahora. Brinca del banquillo, empuja la puerta de madera y, persiguiendo a un duende gris, sale hacia los arrabales.

Los bosques y huertos de Calw son ahora su jardín. En las tardes, descalzo, Hermann escapa de su casa y trota por entre los árboles gigantes de la Selva Negra, rozando cada corteza con una mano extendida. Atraviesa riachuelos

angostos, ora brincándoles por encima, ora dejando que las gélidas aguas amansen sus pies. Se escabulle entre las rojas amapolas. Recoge piñas secas. Atrapa libélulas. Ya lejos, hay un claro en el bosque que es suyo. Solo suyo. Allí le gusta echarse sobre el forraje y ver cómo los haces del sol, rezumándose por entre el verdor de las ramas, iluminan el suelo. Sabe dónde pescar, dónde conseguir un melocotón dulce, dónde se congregan todas las pequeñas mariposas azules. Y sabe, hasta donde puede saberlo un chiquillo de doce años, que su patria es el bosque.

Va silbando.

Los jueves, Hermann se dirige contento al mercado que queda al otro lado de las estepas, en Nagold. Le gustan los cantos de la muchedumbre alocada y el perfume de las frutas y también los chillones colores de las verduras. Esa larga senda hacia Nagold que serpentea por el erial es sin duda su favorita.

Durante un rato persigue a las gallinas de Herr Schmidt, hasta que este lo amenaza con su bastón. Logra divisar, de vez en cuando, una borrosa mancha gris corriendo ante él, guiándolo. Cruza la línea férrea. Se detiene a descansar a la orilla de un lago. Y mientras los dedos de sus pies se deslizan entre el fango tibio y meloso, contempla a un viejo pescando en su balsa: inmóvil como un lienzo. Lo atrae la pesca, los viejos, los lagos; sí, en especial lo atraen los lagos. Bellos charquitos celestiales, los llama su abuelo.

Hermann lleva solo unos meses viviendo en la Ledergasse, lejos ya del esotérico mundo de su abuelo

materno. Cristiano devoto, médico, misionero y filólogo, el doctor Hermann Gundert habla más de treinta idiomas, incluyendo el pali y el sánscrito. Conoce las oraciones de los mahometanos. En las noches, le canta a su nieto canciones indostánicas y le cuenta historietas bengalíes. El niño Hermann debe cruzar la biblioteca de la casa para llegar al estudio de su abuelo, un panteón de olores exóticos, libros mágicos, manuscritos, rosarios de perlas extrañas, rollos de palmas cubiertos con alguna antigua escritura y un curioso ídolo danzante traído de la India. Todo ahí huele a especias y sándalo y tabaco y lontananza. Sentado siempre tras su gran escritorio –donde maneja la editorial cristiana que, desde 1862, se dedica a publicar himnarios, folletos piadosos y diccionarios de teología–, el doctor Gundert sonrío al ver entrar a su nieto; y su nieto reconoce, entre una tupida y acogedora barba blanca, la sonrisa velada de la sabiduría.

Ser mago. Sin saberlo, sin proponérselo jamás, el doctor Gundert engendró en Hermann su anhelo más intenso: aspira a convertirse en mago. Desde muy pequeño, ha sentido un profundo descontento hacia lo que otros suelen llamar la realidad, considerándola una convención ridícula de los adultos. Quiere encantarla, transformarla, potenciarla. Desea hacer que crezcan manzanas durante el invierno. Se concentra en llenar sus bolsillos de oro. Sueña con encontrar tesoros, paralizar a sus enemigos, resucitar muertos, hacerse invisible. Pero su hechizo principal es un hombrecillo diminuto y gris, un espíritu angelical, un duende demoníaco que se

aparece ante él y lo guía. No recuerda Hermann cuándo lo conoció: a veces piensa que quizás vino con él al mundo. Quizás podría ser un ángel. Pero le obedece más que a sus padres, más que a la razón, más que al miedo mismo. El duende lo aleja siempre del peligro. Lo conduce al lugar donde inevitablemente encuentra juguetes perdidos, colibríes y liebres, artefactos maravillosos y, principalmente, amistades nuevas. Un domingo, en el parque aledaño al Georgenäum, Hermann brincó dentro de la enorme fuente de piedra, imitándolo, y si no hubiese sido por su vecina que rondaba por allí, se habría ahogado. Es amigo de Frau Ana desde entonces. También imitándolo, Hermann se ha tragado un clavo de hierro, se ha fugado de su casa durante días, se ha lanzado varias veces desde lo alto de algún árbol. Lo sigue, lo imita, y punto. El duende no tiene nombre, ninguno lo puede ver ni sabe de su existencia. Nada, piensa Hermann, sería más prohibido y pecaminoso que nombrarlo y hablar de él.

Pienso en abuelos, en mis abuelos: uno polaco, otro libanés; uno askenazi, otro sefardí; uno sobreviviente, chaparro y peligroso alrededor de una botella de whisky, otro serio, de pocas palabras y con una semejanza aterradoramente a Alfred Hitchcock. ¿Qué tipo de influencias ejercieron ellos sobre mí? Algunas, sí, quizás, pero seguramente no literarias.

Pienso en abuelos, en abuelos literarios, y recuerdo de pronto la minuciosa descripción del suyo que hace

Jean-Paul Sartre en su obra autobiográfica publicada en 1964, *Las palabras*, en la que cuenta cómo estas lo sedujeron durante sus diez primeros años de vida.

Charles Schweitzer, su abuelo materno, había cruzado el lago Ginebra con Henri Bergson. Yo estaba loco de entusiasmo, solía decirle a su nieto, no tenía ojos suficientes para contemplar las brillantes crestas, para seguir el centelleo del agua. Pero Bergson se sentó sobre su maleta y ni una sola vez alzó la mirada. El viejo Schweitzer, con un jarrón de cerveza en la mano, pensativo, casi místico, concluiría diciéndole a su nieto que siempre era preferible la meditación poética que la filosofía. Schweitzer era un hombre del siglo XIX que, como tantos otros, creía ser Victor Hugo (al igual que el propio Victor Hugo, decía Cocteau). Y conocía muy bien –señala el nieto, tomando el título de una pequeña obra de Hugo– el arte de ser un abuelo.

En 1912, el pequeño Jean-Paul, con solo siete años, pasó el verano en Arcachon, donde recibía por lo menos tres cartas semanales de su abuelo, todas completamente en verso. Él, entonces, le respondía en verso. Y el hábito quedó forjado, escribe Sartre; el abuelo y el nieto fueron unidos por un nuevo vínculo. Se hablaban, como los indios, como los proxenetas de Montmartre, en un lenguaje vedado para las mujeres, escribe. Me regalaron un diccionario de rimas. Me convertí en un versificador.

Yo escribía imitando, por ceremonia, para poder comportarme como un adulto, escribe Sartre. Yo escribía porque era el nieto de Charles Schweitzer.

ÍNDICE

I. Hacía falta la magia	9
II. Como la marea	31
III. Una oración verdadera	55
IV. Extrañas amistades	105
V. Wunderkind	119
VI. El ángel literario	141

EL ÁNGEL LITERARIO

© Eduardo Halfon, 2004

© los tres editores, 2025

www.lostreseditores.org

info@lostreseditores.org

*Ulises, 65
28043, Madrid*

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

Primera edición: mayo, 2025

ISBN: 978-84-124479-1-0

Depósito legal: M-7676-2025

Diseño de colección y de marca: Oriol Corsà

Imagen de solapa: Laura Astorga Monestel

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Impreso en España / *Printed in Spain*

